

de visitar el baile, nos paseamos por las bellas avenidas; aquí fué donde pasamos con mejor alegría un par de horas; aun recuerdo a Villá haciendo juegos de manos, a Borrell bailando sevillanas, a Blas cantando flamenco y a nuestro Sadurní haciendo cosas a base de cante y baile, y los demás hicimos lo que pudimos hasta que se agotó la paciencia de la policía obligándonos a irnos a hacer juerga a la pensión. Cambiamos camas de habitación, uno durmió con una manta en el suelo, Brugués y Armengol estaban muy callados, nuestra habitación parecía la casa de un «drapaire», etc., etc.

A la mañana siguiente sentía ya que fuera el último día y sólo pensaba en los regalos y compré postales, ensaimadas e infinidad de chucherías; durante todo el día visitamos Palma y hacía un día malísimo, pero nuestra

inteligencia jamás podía soñar lo que nos esperaba, puesto que al embarcar, estábamos contentos y alegres, incluso recuerdo que marcando el paso seguía a dos simpáticas inglesas, que por lo visto tenían muy mal genio. Ya nos decían al subir que había marea. No hicimos caso, pero al cabo de una hora comenzó para todos la tormenta; unos pedían agua del Carmen y Borrell se la tragaba sin pedirle, no pudiendo salir de la cama. Aquello era espantoso; al recordarlo, me parece que aún oigo el rugir de las olas y los vaivenes del estómago.

Llegamos a Barcelona; semejábamos presidiarios, arrugados y manchados, y nuestra cabeza parecía del vecino.

Y así terminó nuestra excursión, de la cual, y a pesar de la vuelta, creo sinceramente que recordaré los hechos toda mi vida.



*Olimpicos en Mallorca*